

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO X

DEL 27 DE MAYO AL 4 DE JUNIO DE 1874

EXCURSIÓN A MARIQUITA

RESUMEN

De Bogotá a Honda - Encuentro afortunado- El valle de Mariquita - La ciudad arruinada - La casa del conquistador - La del sabio naturalista D. Celestino Mutis - La fiesta del Corpus - Las minas de plata y las de oro - Sistemas de explotación - Culebra de dos cabezas - Regreso a Bogotá.

EXCURSIÓN A MARIQUITA

Desde mi salida del Caquetá en el año anterior, mi pluma había permanecido ociosa, porque mi salud algo quebrantada no me había permitido emprender otra expedición de las varias que tenía en proyecto; y, a consecuencia de mi estado, habíame visto en la necesidad de buscar en climas suaves el restablecimiento, que no encontraba en las temperaturas extremas.

Restablecido ya, y resuelto a emprender mi viaje para Venezuela por el Meta y el Orinoco, no me determinaba a abandonar a Colombia, sin hacer antes una visita, siquiera fuese a la ligera, al lugar en que exhaló su último suspiro el intrépido Gonzalo Jiménez de Quesada, uno de los hombres más importantes que ostentaron su admirable genio durante el período del descubrimiento y conquista de América, en que tantos héroes brillaron por la entereza de su carácter y por sus grandes dotes para la organización de los pueblos que conquistaban.

La antigua ciudad de Mariquita, o Marequeta, como los indígenas la llamaban, era para mí un objeto de predilección, así por conservar entre sus ruinas los recuerdos del período más brillante de la colonia, como por haber sido el lugar que los colonos eligieron como el más apto, por su agradable clima y por su fertilísimo suelo, para establecer sus casas de recreo y descansar de sus tareas más penosas.

Habíame detenido por algún tiempo la repugnancia de emprender solo este viaje, y deseaba con ansia que algún amigo se me ofreciese por compañero; lo cual sucedió al fin, teniendo la fortuna de que éste fuese uno de mis compatriotas, establecido en el comercio de Bogotá, el estimable joven D. Salustiano de Olózaga, sobrino del célebre político español, con quien ya tenía, hacía algún tiempo, fraternales relaciones.

Salimos, pues, de Bogotá el 26 de Mayo, yendo en carruaje hasta la ciudad de Facatativá, donde nos detuvimos el resto de aquel día, obsequiados por los amigos residentes en aquella población, que en vano se empeñaron en detenernos.

DEL MIÉRCOLES 27 AL VIERNES 29 DE MAYO

A las nueve de la mañana salimos en nuestras mulas, seguidos de los criados que llevaban nuestro equipaje, nuestras armas y el álbum de mis dibujos. Una hora después dejamos la sabana y empezamos a bajar la cordillera por un nuevo camino carretero, abierto después de mi llegada a Bogotá, con bastante inteligencia, pero, acaso por falta de recursos, no terminado en todos sus detalles con la escrupulosidad que exige lo deleznable del terreno, lo cual ha ocasionado ya infinitos derrumbes, que entorpecen la vía; y amenazan otros muchos, que, sin grandes dispendios y un cuidado asiduo en su conservación, acabarán por inutilizarla.

Como unos diez kilómetros seguimos por este camino, distancia que por el antiguo se hallaba reducida a menos de una tercera parte, y por consiguiente con un desnivel, que, además de los frecuentes atolladeros, lo hacía en ocasiones casi del todo intransitable.

Desde un lugar llamado Agua-larga volvimos a tomar la antigua trocha, que por allí no merece otro nombre; y a pesar de lo mucho que nos habían ponderado el mal estado en que ésta se hallaba, a consecuencia de las lluvias, no tuvimos que luchar con otros inconvenientes que algunos atolladeros más o menos profundos, pero mucho menos difíciles que los que habíamos encontrado al atravesar por primera vez la empinada y áspera cordillera.

De nuevo volvimos a admirar la exuberante vegetación que por todas partes se ostenta. En algunos lugares las plantaciones de café y de caña de azúcar habían ya sustituido a los bosques seculares, derribados por el hacha del hombre; oleaje de la civilización, que a poco se va apoderando del terreno y limitando los bosques vírgenes a las crestas de las montañas.

La primera noche descansamos en Villeta, cuya temperatura elevadísima parecía serlo mucho más por el contraste que forma con la húmeda y fría de la altiplanicie que pocas horas antes habíamos abandonado.

En Villeta encontramos ya una especie de hotel mucho más cómodo que la posada en que por primera vez nos alojamos, aunque todavía le falta mucho para tener las condiciones más indispensables de un mediano establecimiento merecedor del nombre que lleva.

Al siguiente día hicimos nuestra jornada hasta Guaduas, población que por hallarse situada en un vallecito de mayor elevación, goza de una temperatura mucho más suave; y después de una agradable noche, continuamos nuestro viaje hacia las orillas del Magdalena, pues nuestra jornada debía terminar en la antigua y ya casi arruinada ciudad de Honda, donde habíamos de permanecer algunos días, por tener que arreglar allí mi compañero algunos negocios comerciales.

Al llegar al alto llamado del "Sargento", volvimos a recrear nuestra vista con el espléndido panorama que se extendía a nuestros pies por las vegas del Magdalena, cubiertas de innumerables ganados, y teniendo por horizonte hacia el oeste las empinadas montañas coronadas por las nieves perpetuas de los páramos de Santa Isabel, del Ruiz y del Tolima. Por el centro del valle deslizábase tranquilo y majestuoso el ancho Magdalena, cuya aguas no han sentido aún desde Honda hacia su origen el movimiento con que las ruedas del vapor han de agitarlas, quizás en un breve plazo, introduciendo en las comarcas tolimenses el movimiento y la vida que este elemento civilizador lleva en pos de sí como consecuencia indispensable¹.

Más de una vez tuvimos que detenernos durante esta última jornada, porque la temperatura ardiente de las orillas del río nos abrumaba de tal modo, que teníamos

¹ Pocos años después se estableció la navegación a vapor en el alto Magdalena tal como hoy existe.

que buscar la sombra, para tomar un respiro y darlo también a nuestras pobres mulas fatigadas y jadeantes.

Como el tráfico comercial entre el puerto de Caracolí y la capital de la república es el más importante de toda ella, empleándose en el transporte de mercancías como cinco mil mulas y más de dos mil peones cargueros de ambos sexos, indígenas en su mayor parte, a cada paso encontrábamos numerosas recuas cargadas con los bultos menos delicados, mientras que los más frágiles eran conducidos en hombros de los indios, entre los cuales hay algunos que cargan con bultos enormes de un peso abrumador, que en poco tiempo los inutiliza. De éstos copiamos un hombre y una mujer, que llevaban cajones voluminosos, y un grupo de indios que conducían un piano, y que encontramos en medio de un lodazal atollados hasta las rodillas. Aquellos pobres soberanos (porque aquí, como en todos los países democráticos, de nombre, el pueblo disfruta así de la plenitud de su soberanía), trepaban con toda la majestad posible por aquellas ásperas cuestas, haciendo uso de sus derechos individuales, y teniendo por toda remuneración algunos plátanos y un poco de chicha y de mazamorra; porque desposeídos de las propiedades que durante la colonia disfrutaban, no tienen ya otros recursos que sufrir como arrendatarios una esclavitud disfrazada con el oropel de las libertades, que sólo para ellos no existen; emplearse en estos rudos trabajos, o morir de hambre en un rincón sobre el suelo feraz que para ellos reivindicaron sus libertadores.

Siguiendo la orilla derecha del río, aguas abajo, llegamos por fin frente a la ciudad de Honda, que se halla en la margen opuesta. Pasamos como la primera vez en la canoa indígena y las mulas a nado; pues aunque había ya una barca de grandes proporciones, establecida algunos meses antes, ésta se hallaba fuera de servicio, por circunstancias accidentales, debidas a la poca precaución que habían tomado para las grandes avenidas.

A las cuatro de la tarde penetramos en la antigua ciudad, y fuimos a alojarnos en un hotel modesto, situado casi en la confluencia del Gualí con el Magdalena, cuyas

tumultuosas aguas, reducidas en aquel punto a una pendiente rápida y a un estrecho cauce, forman un ruido continuo, semejante al de las olas del mar al estrellarse contra una playa peñascosa.

SÁBADO 30 Y DOMINGO 31 DE MAYO

Empleamos estos dos días en descansar de las fatigas del viaje; y, mientras mi amigo evacuaba sus negocios de comercio, yo di la última mano a los dibujos de los días anteriores; tomé una vista de un nuevo puente de hierro sobre el Gualí, colocado dos años antes, en el mismo lugar donde se había levantado uno de mampostería en tiempos de la colonia, que después fue derribado por una gran creciente, y otra vista de las ruinas del convento de San Juan de Dios, que, como la mayor parte de los edificios hoy ruinosos, fue derrumbado por un terremoto en 1805, y no ha vuelto a reedificarse. Estas ruinas, como todas las de la población, ofrecen un aspecto bellissimo y en extremo original (por las muchas plantas, en su mayor parte parásitas y trepadoras, que se han apoderado de las grietas de los muros, y los adornan por todas partes con graciosos festones. Los cauchos, de admirable fuerza de reproducción, y que vegetan con extraordinaria lozanía en todas las tierras calientes, alzan también sus ramas en los picos más levantados de las paredes derruidas, y extienden sus raíces adventivas hasta el suelo por uno y otro lado, como si quisiesen ampararlas con ellas, e impedir que acaben de desmoronarse.

Durante nuestra permanencia en la ciudad, tuvimos la fortuna de encontrar en ella a nuestro excelente amigo el Dr. D. José Ma. Samper y Agudelo, natural de la misma población, que se hallaba allí accidentalmente con su esposa, la ilustre escritora Da. Soledad Acosta, y ambos se ofrecieron a acompañarnos en nuestra excursión a Mariquita, que debíamos emprender al día siguiente.

LUNES 1o. DE JUNIO

A las siete de la mañana nos pusimos en camino el Dr. Samper y su señora, mi amigo Olózaga y yo con dos de nuestros criados. Tomamos la dirección del noreste a suroeste, y después de atravesar algunas colinas un tanto pedregosas, cuyas faldas, a veces muy escarpadas, formaban elevados murallones perfectamente verticales, entramos en un extenso llano de formación lacustre, cubierto de gramíneas naturales, en cuyo extremo occidental, al pie de un ramal de la cordillera y entre una faja de tupido bosque, que se levanta a la orilla derecha del Gualí, se halla la ciudad de Mariquita, reducida hoy a las proporciones de una pequeña aldea, y cuyas modestas casitas de paja se alzan como avergonzadas entre las majestuosas ruinas de edificios relativamente suntuosos.

Al penetrar en las calles de la población, por todas partes se detiene la vista en montones de escombros cubiertos de maleza, ruinas venerables, ya de los templos donde se adoraba a Dios con el fervor cristiano de aquellos tiempos de costumbres más puras, ya de las casas espaciosas que los colonos habían edificado para su recreo en aquel lugar de delicias.

Las calles anchas, en línea recta y que en su mayor parte conservan aún en estado perfecto sus empedrados, tienen todas en el centro acequias por donde corren las aguas de la cordillera próxima, claras como el cristal y llenas por todas partes de pececillos, que se agitan en todas direcciones en busca del alimento que la corriente arrastra hacia el vecino río; por lo cual no sería una exageración el decir que se puede pescar en las calles de Mariquita.

Tanta veneración infunden aquellas reliquias que encierran tan respetables recuerdos, que el primer impulso que se experimenta es el de descubrirse ante ellas, como si se penetrase en un recinto sagrado. Los templos eran tan numerosos en la población, como fervorosas las creencias de sus antiguos moradores. Hoy sólo están en uso la parroquia, que era una de las iglesias menos importantes, situada en el

frente noreste de la plaza, y una pequeña ermita, que se halla en uno de los extremos de la ciudad en la parte más próxima al río Gualí, cuyo rumor se oye perfectamente desde la pequeña colina donde se halla situada, dominando un vallecito algo más profundo.

Mientras nos disponían el almuerzo, salimos de la casa donde nos habíamos hospedado, y empezamos a recorrer la población, al azar y sin rumbo fijo. Al entrar en una calle, llamaron nuestra atención las ruinas de una antigua casa, que nos pusimos a copiar la Sra. de Samper y yo en nuestros respectivos álbumes, mientras encontrábamos alguna persona de quien poder informarnos del lugar en que se hallaba la casa donde murió Gonzalo Jiménez de Quesada. Concluidos nuestros dibujos, visitamos las ruinas de San Francisco (que también copié), y de las cuales sólo quedan algunas paredes, y al regresar a nuestra posada supimos con placer y asombro que nuestra propia intuición nos había llevado a copiar inconscientemente las ruinas de la antigua morada del conquistador del Nuevo Reino.

No pudiendo detenerse por más tiempo en Mariquita el Dr. Samper y su Sra., regresaron a Honda durante la tarde, mientras nosotros, después de copiar las ruinas de Sto. Domingo y Sta. Lucía, que son muy notables, nos disponíamos a visitar algunas de las minas que se hallan en explotación en la cordillera próxima.

Para realizar mejor nuestro propósito, tuvimos la fortuna de que aquella noche se hospedara en nuestra misma posada el director de una de ellas, llamado Mr. William Cooke, joven inglés, de un carácter más franco que suele serlo el de la mayor parte de los de su nación, el cual tuvo la bondad de invitarnos a que pasásemos con él al día siguiente a hacer la visita de la mina, ofreciéndose después a acompañarnos a cualquiera de los otros establecimientos que se hallan en la misma cordillera.

MARTES 2 DE JUNIO

A las siete de la mañana salimos de Mariquita hacia el suroeste por unas colinas muy desgarradas, compuestas de arena rojiza con algunas piedras (por ser el terreno formado de aluvión), las cuales se hallan cubiertas de gramíneas y arbustos; y según se van elevando sobre los primeros estribos de la Cordillera Central, ostentan un bosque alto y espeso, que a cierta elevación ofrece todos los caracteres de la selva primitiva.

El camino o trocha que a la mina conduce, se hallaba en extremo resbaladizo y con algunos atolladeros, a consecuencia de una abundante lluvia que en la noche anterior había caído.

Media hora antes de llegar al establecimiento a que nos encaminábamos, esto es, a las dos horas y media de nuestra salida de la población, encontramos en un vallecito estrecho una hacienda de caña, llamada San Andrés, donde algunos años antes se había cultivado el índigo, que por algún tiempo estuvo muy en boga. La caña que en él se produce es de mediana calidad y de escaso medro, por estar la hacienda fundada sobre un antiguo lavadero de oro, de la época de la colonia, y tener toda la superficie cubierta de una capa de piedras rodadas, a veces de espesor muy considerable. Al entrar en el vallecito atravesamos por un puente rústico un riachuelo que baja de la montaña próxima, descolgándose en ruidosas cascadas de peña en peña, cuyas aguas clarísimas forman un contraste muy singular con el nombre de río-sucio, que es el que lleva desde tiempos remotos. De uno de los grandes charcos que forma la corriente, cuya profundidad me aseguraron que no bajaría allí de quince metros, se han extraído en diferentes épocas, por medio de imperfectas dragas, cantidades considerables de oro en polvo, y algunas pepitas del mismo metal notablemente voluminosas.

En San Andrés nos detuvimos a descansar un breve rato, y a las diez y media llegamos al asiento de la mina dirigida por Mr. Cooke, llamada Bocaneme viejo.

El terreno es por allí extremadamente quebrado, y su formación de arena y greda, en que se ven incrustados grandes peñones de arenisca, descubriéndose por varias partes filones de más o menos espesor de cuarzo argentífero, que constituye el mineral beneficiado en la forma de que hablaré más adelante.

Sin detenernos entonces en los socavones, subimos a la cresta de un cerro muy empinado, donde se hallan las habitaciones de los mineros; y en la de Mr. Cooke, que, aunque pajiza, no carece de comodidades, se nos ofreció un excelente almuerzo, y concluido éste, bajamos de nuevo a visitar las dependencias principales de la mina, para lo cual el director nos ofreció caballos de refresco, porque nuestras mulas iban muy cansadas.

Lo primero que visitamos fue un socavón de reciente apertura, donde los trabajos se hacían a barreno, siguiendo un filón, llamado del Caimán no sé con qué motivo.

En el rato en que permanecemos allí, tomé en mi álbum un apunte de la entrada del socavón, e hice un retrato a la ligera de un inglés, notable por sus formas rudas y musculatura vigorosa, que era jefe de los trabajadores. A la puerta del socavón había grandes montones del mineral extraído, y bajo un cobertizo próximo varios operarios, hombres y mujeres, se ocupaban en desmenuzar las piedras a golpes de martillo, hasta reducir los trozos al tamaño de un puño próximamente, conduciéndolos después, a lomo de bueyes, al lugar donde se hallan los aparatos de trituración, en grandes zurroneos de cuero dispuestos a manera de alforjas.

Desde allí, rodeando un gran cerro, y por la misma trocha cenagosa, abierta para los bueyes, nos trasladamos al lugar que ocupan los aparatos principales, que consisten en ocho martillos de 24 a 30 arrobas de peso cada uno, movidos por una gran rueda hidráulica², donde los trozos de mineral son pulverizados y conducidos por una ligera corriente de agua a unas grandes artesas o mesas escalonadas y dispuestas en plano

² De 24 pies ingleses de diámetro impulsada por una fuerza de 30 caballos.

ligeramente inclinado, donde el agua arrastra con facilidad la parte de cuarzo y arena que la piedra contiene, dejando en el fondo las partículas metálicas, que por su mayor peso ofrecen mayor resistencia.

Allí tomamos otra vista del gran cobertizo bajo el cual funcionan los martillos, y de otras dos cabañas próximas, donde están los talleres de herrería y carpintería, con la parte del acueducto por donde se vierte en la rueda el agua que desde larguísima distancia viene conducida allí por una acequia practicada al efecto.

Esta mina, que, como otras de la misma cordillera, había sido ya explotada en tiempos de la colonia, se halla a unos 300 pies de elevación sobre el llano de Mariquita, y su altura sobre el nivel del mar, que no pudimos medir por falta de instrumentos, le dan una temperatura constante de 20 a 21° centígrados, que constituyen una primavera eterna.

El establecimiento, que hace poco tiempo se halla sometido a una nueva explotación, carece todavía de hornos para fundir el mineral, que los empresarios envían a Europa con este objeto, después de secarlo por medio del fuego, única operación a que lo someten después de las operaciones arriba indicadas.

Concluido mi dibujo, determinábamos salir de allí, en dirección a otra de las minas; pero Mr. Cooke nos rogó con grande encarecimiento que permaneciésemos en su casa hasta el siguiente día, en que él o un joven hermano suyo, que antes nos había presentado, nos acompañarían guiándonos por la áspera y difícil senda que conduce al lugar donde pensábamos dirigirnos.

Aceptamos con gratitud la hospitalidad que se nos ofrecía por aquella noche, teniendo el placer de disfrutar durante la tarde del bellissimo espectáculo de la puesta del sol, iluminando con sus últimos rayos el llano de Mariquita y los cerros de angulosos perfiles que la rodean por el lado del Oriente.

Durante la noche hubo una tempestad formidable, acompañada de rayos y truenos que a cada minuto hacían retemblar nuestra pajiza morada, y cuyos ecos repetidos cien veces por las escabrosidades de las montañas, se alcanzaban unos a otros como si fuesen un solo trueno continuado.

MIÉRCOLES 3 DE JUNIO

Nos levantamos muy temprano; la mañana estaba serena; y mientras disponían nuestro desayuno, bajamos a visitar otros socavones y un fuelle de ventilación colocado en uno de los pozos, que a la sazón estaban abriendo, para la extracción de los minerales. Examinamos algunos de éstos, que nos parecieron más ricos que los que habíamos visitado el día precedente; y en efecto, Mr. Cooke nos aseguró que producía 80 onzas por tonelada, esperando que los productos de la veta del caimán llegarían a ser más considerables, cuando se profundizara más el filón, según la experiencia que tenía adquirida.

Tomado nuestro desayuno, y hecha por mí la copia de un muchacho que traía ensartada en un palo, y viva aún, una enorme culebra taya X, de cerca de dos metros de longitud, y diez centímetros de circunferencia máxima, nos despedimos del Director; y acompañados por su hermano, salimos en dirección de un lugar llamado Mal-paso, donde se explota una mina de oro corrido, o de aluvión, trabajada ya en tiempos de la dominación española, aunque por el sistema imperfecto de lavado que entonces se conocía, sistema que ocasionaba tales dispendios, que casi anulaban los productos.

La trocha que conduce desde Bocaneme a Mal-paso es un barrizal continuo, lleno de saltos enormes, donde las mulas más diestras y vigorosas apenas hallan medios de pasar sin exponerse a una caída. Mi compañero vino al suelo más de una vez con la cabalgadura que montaba, y si yo no sufrí la misma suerte, lo debí en parte a la mayor agilidad de mi mula y al menor peso de mi cuerpo.

Después de caminar unas dos horas por aquella infernal senda, que a nuestro parecer no había de acabarse nunca, llegamos por fin a la falda de un cerro, donde encontramos la acequia que conduce el agua hacia la mina a que nos dirigíamos, acequia que tiene de largo, según nos dijeron, más de seis kilómetros, y que conduce un volumen que no bajará de sesenta centímetros cuadrados. Desde allí, el camino, que sigue invariablemente uno u otro borde de la acequia, según la configuración del terreno, nos pareció sumamente agradable, y la vista se recreaba sin cesar en los variados accidentes que ofrecía el curso del agua, ya extendiéndose tranquila por un remanso, ya bajando en rápida corriente por una chorrera, ya estrellándose y murmurando contra las empalizadas que le servían de dique en los parajes donde el terreno era más deleznable.

Al cabo de una hora de caminar por la orilla de la acequia, la abandonamos para descender al punto donde se hallan instalados los trabajos de la mina y las habitaciones del Director y los peones.

El Director de los trabajos, Mr. Clarke, norteamericano muy ilustrado, nos recibió con franqueza y cordialidad, que no pudimos menos de agradecerle, y nos acompañó por todas partes a hacer la visita de su establecimiento.

Bajamos por una cuesta llena de piedras rodadas de todos tamaños, de las cuales queda siempre cubierto el suelo, donde quiera que se establecen estos trabajos, hasta llegar a una especie de barranco formado por el laboreo, que se practica hoy de una manera tan fácil como ingeniosa, por medio de un aparato hidráulico, que por sí solo produce en el lavado del terreno resultados mucho mayores que los que pudiera producir el trabajo continuo de mil operarios ocupados en la misma faena con el solo recurso de sus brazos.

He aquí cómo se practica la operación, que por espacio de más de media hora nos tuvo absortos, contemplando la simplificación admirable con que la ciencia ha venido a sustituir el ímprobo y mezquino trabajo del hombre, para apoderarse del codiciado

metal que la tierra oculta en sus entrañas. Elevada la acequia más de 200 pies sobre el lugar en que se ejecuta el laboreo, se hace descender el agua por medio de un tubo con grande inclinación que empieza por veinte o veinticinco centímetros de diámetro, y termina en otro muy estrecho que se mueve y dirige por medio de un aparato provisto de un timón, colocado sobre una plataforma techada.

El agua desciende por aquel tubo sumamente comprimida y sale con una velocidad extraordinaria, produciendo, como nuestras bombas de riego, un chorro de grandísima potencia, que dirigido alternativamente a las paredes del barranco, o al fondo del mismo, derrumba y deslíe completamente el terreno, y arrastra en su corriente, que, ya libre de presión, vuelve a adquirir el mismo volumen que tenía en la acequia, la tierra y la arena disgregadas, dejando en el fondo de la excavación sólo las piedras que el terreno contiene. Esta corriente turbia y cenagosa se dirige desde allí a un acueducto de unos cien metros de longitud por uno próximamente de anchura, y medio de profundidad, donde se hallan canales transversales, colocados como a distancia de un pie unos de otros, y en cuyo fondo hay una cantidad de mercurio, que se apodera de las partículas metálicas arrastradas por la corriente. Una vez al mes se suspenden los trabajos del lavadero, por el tiempo suficiente para renovar el mercurio, del cual se aparta el oro con una facilidad extraordinaria, por medio de retortas, donde el calor volatiliza el mercurio, que vuelve a recogerse y deja el oro libre en el fondo.

Mientras el Director hacía funcionar en todas direcciones aquel poderosísimo ariete hidráulico, que derrumbaba en pocos minutos bancos del terreno de muchas toneladas, y a cuyo empuje volaban al aire la tierra y hasta las piedras, cual si fuesen aristas o menudo polvo sometidos al impulso de un enorme fuelle, tomé una copia del conjunto, que ofrece una idea más completa que la que pudiera dar la descripción más detallada.

Después nos acercamos al aparato, y allí el Director, para demostrar la potencia del agua, al salir del tubo, y la densidad que adquiere, probó por sí mismo, y nos hizo

probar lo imposible que es introducir ningún cuerpo, ni aun el cuchillo más cortante, en aquel chorro impetuoso, que resiste como un cilindro de acero, no obstante la fluidez del líquido que lo constituye.

El terreno es en toda aquella parte de la cordillera de arena y arcilla tan impregnada de óxido de hierro, que ofrece el color rojo más vivo. Formado por antiguos aluviones, contiene infinidad de piedras rodadas, que en ciertos parajes forman capas de notable espesor, y en otros se hallan incrustadas entre la arcilla y la arena. Además de estas piedras, aparecen de cuándo en cuándo, a diferentes profundidades, grandes peñones de arenisca muy compacta, que exceden en dureza al granito.

Después de visitar los trabajos, subimos a la casa del director, donde nos tenían dispuesto un almuerzo abundante, al cual siguieron algunos brindis por la prosperidad del establecimiento. El mismo Sr. Clarke nos manifestó algunas barras de oro y varias curiosidades que tenía coleccionadas, entre las cuales llamaron principalmente nuestra atención: un gran trozo de lignito, encontrado en las excavaciones de la mina, enterrado allí quizás desde la formación de la cordillera; y más que todo una culebra taya X, con dos cabezas perfectamente formadas, que había conservado en alcohol, y que copié con toda la exactitud que me fue posible, hasta en el tamaño.

Muchas veces había oído hablar de tan extraño fenómeno, que aquí se halla repetido con harta frecuencia, según testimonio de personas graves; pero nunca quise darle crédito, hasta que me convencí por mis propios ojos.

No obstante los ruegos del director de la mina y de las personas que le acompañaban, determinamos regresar a Mariquita, como en efecto lo verificamos, llegando a la población a eso de la una de la tarde.

Como el tiempo nos apremiaba, y deseábamos volver a Bogotá en el menor plazo posible, aproveché el resto del día en tomar una copia de las ruinas de Santo Domingo,

templo en que fueron sepultados los restos de Jiménez de Quesada, y donde permanecieron hasta su traslación a la catedral de Santa Fe, donde hoy se conservan, y otra de la casa donde vivió y mantuvo cuidadosamente un jardín botánico el sabio y laborioso español D. José Celestino Mutis, natural de Cádiz, a quien tanto debieron en su época las ciencias naturales y principalmente la Botánica. De la casa de este sabio ilustre, así como de la del conquistador del Nuevo Reino, apenas quedan ya más que las tapias, desmoronadas en gran parte; y en el jardín que cultivó con tanto cuidado el eminente naturalista, sólo resta de la preciosa colección que él había formado, un grupo de canelos semejantes a los que habíamos visto en el Caquetá, que extendiendo sus copudas ramas sobre la maleza, que se ha apoderado del suelo, y dominando toda la vegetación que los circunda, anuncian al viajero que aquél fue el lugar que algún tiempo habitó la ciencia, y son el único signo de aquel período brillante, signo que quizás no tarde mucho en desaparecer bajo el hacha destructora de los que no respetan recuerdo alguno, por sagrado y glorioso que sea, si los despojos de las reliquias más respetables ofrecen algunos centavos de utilidad a su codicia.

JUEVES 4 DE JUNIO

Celébrase en este día la fiesta del Corpus, una de las más importantes del catolicismo, y la población de Mariquita toda entera se manifestaba desde muy temprano dispuesta a tomar parte, más que en la festividad religiosa, en los accidentes profanos que le dan animación y vida. Desde el amanecer, el ruidoso tamboril atronaba todas las calles; feroces gritos se escuchaban por donde quiera, y el sonido de cien campanillas, agitadas violentamente, indicaban a los que de una manera tan dura eran despertados del agradable sueño de la mañana, que una legión diabólica se había apoderado de la población y recorría sus calles en desenfrenado tumulto.

Dejamos con curiosidad nuestro lecho; y como el ruido se aproximase, nos asomamos a una de las ventanas, y vimos varios grupos de enmascarados con disfraces tan originales y haciendo tales contorsiones, en medio del grotesco baile que al compás del tamboril llevaban, que no pudimos menos de sorprendernos. Unos iban vestidos

con anchos calzones de telas ordinarias y de colores muy vivos, que les llegaban sólo hasta las rodillas y llevaban camisa de otro color, un pañuelo de percal al cuello y un gorro sobre la cabeza, del cual pendía y se agitaba sobre la espalda una especie de cola hecha de filamentos de palma o de fique y teñida también de un color muy vivo. El traje todo estaba adornado de lazos de cinta de diferentes colores, y por complemento llevaban pendientes en los costados varias campanillas y una mucho mayor en la cintura, que, cayendo sobre las caderas, se agitaba con el movimiento del cuerpo y formaba con las demás el acompañamiento del tambor al compás del baile. A estos enmascarados daban el nombre de matachines, y todos llevaban grandes vejigas pendientes de un palo y caretas figurando el rostro de algún animal con cuernos en la frente.

Tras de éstos iban otros, vestidos con una especie de capotillos y faldas de hojas de palmera y la cabeza cubierta de un gorro cónico de papel o de trapo; adornado con plumas de todo género de aves, con una especie de pico en la parte central y delantera del gorro, con el cual amagaban golpear a los transeúntes. A éstos daban el nombre de cucambas, y todos llevaban en la mano derecha una especie de sonajeras hechas de un pequeño calabazo o totumo cubierto de fajas de papel de color, con algunas piedrecillas dentro, con el cual seguían los golpes del tamboril y el compás del baile, como lo verifican aún las tribus indígenas con un instrumento análogo a que dan el nombre de maraca.

Tras de las cucambas y los matachines iba otro grupo de muchachuelos de ocho a doce años con gorros cónicos formados de paja, la mitad superior del cuerpo desnuda, pantalones de tela ordinaria a listas azules, bandas de colores vivos y un pañuelo de percal en forma de manto. Estos, a que daban el nombre de chinitos y figuraban indígenas a medio civilizar, iban presididos por otro muchachuelo que llevaba en la mano una especie de bastón, y en la cabeza un gorro chato, adornado en la frente con plumas de pavo real, y los acompañaba otro sin disfraz alguno y con un tamboril en la mano, y un viejo mestizo, que era el director de la comparsa y hacía las veces de maestro de ceremonias.

Además de estos disfraces hubo otros de animales diversos, como osos, tigres y leones, que debían alternar en una danza que había de preceder a la procesión que se disponía; pero por desgracia un aguacero formidable, que duró hasta cerca del mediodía impidió que ésta se verificara, y los disfrazados tuvieron que contentarse con recorrer la población, visitando las principales casas, bailando en ellas y recitando versos, tan originales como su disfraz y su danza, transmitidos unos por la tradición, y otros improvisados por ellos. Uno de los matachines, que tenía su brizna de poeta y era el que más improvisaba, dedicó una copla al dueño de la casa en que posábamos, hincada una rodilla en tierra, como antes lo habían hecho los muchachos medio desnudos, que al recitar los suyos disparaban al aire unos palitos en forma de flechas, con un diminuto arco, signo de su condición de salvajes. La copla del matachín fue más original que todas; arrancó a la generalidad una carcajada espontánea, y yo no sólo la conservé por mucho tiempo en la memoria, sino que la recité en distintas ocasiones a varios amigos, refiriéndoles las curiosidades de mi expedición última. La copla decía de esta manera:

De la montaña salí
Comiéndome una mogolla³,
Sólo por venir a ver
Al señor don Pedro Gómez.

La falta de asonancia por una parte, y por otra la gravedad cómica del indio poeta, hacían sus versos tanto más chistosos, cuanto más persuadido se manifestaba él del mérito de la improvisación, que sus compañeros aplaudían.

Después de esta escena, aproveché un rato para tomar una vista de la plaza principal, y a las tres de la tarde regresamos a Honda para disponer nuestra vuelta a la capital de la república, que verificamos al siguiente día, sin otro accidente notable, que el

³ Pan de trigo o cebada muy negro.

habernos detenido en Guaduas para tomar una vista de la iglesia, que ocupa uno de los frentes de la plaza principal, y que conservo en mi álbum.

UN PARÉNTESIS

Interrupción de mis viajes de estudio

Fijación temporal de mi residencia en Colombia

La antipatía de Colombia hacia su antigua metrópoli se había extinguido y mis amigos me aseguraban que tan pronto como entrase España en una vida normal y desaparecieran los disturbios ocasionados por la lucha de los partidos, se daría el primer paso para la reconciliación oficial de la hija ya emancipada con su vieja y desdichada madre.

Entre tanto, las noticias que se recibían de la república española nos llenaban de inquietud a todos. Por una parte, los cantonales desgarraban las entrañas de la patria, sublevando contra el gobierno constituido los más potentes buques de guerra; por otra, los carlistas reunían un ejército numeroso y se apoderaban de varias provincias llevándolo todo a sangre y fuego. En la isla de Cuba la insurrección cobraba alientos y los separatistas confiaban en su triunfo. La industria, las artes y el comercio languidecían, abrumados por enormes exacciones para sostener la guerra civil, más encarnizada y desastrosa que la de los siete años. Mientras tanto, los partidarios de los Borbones y los mal avenidos con la situación creada por los desmanes de los unos y los desaciertos de los otros, preparaban una reacción, apoyada en una gran parte del ejército, cuyos jefes y oficiales, alarmados por los actos frecuentes de indisciplina en diferentes cuerpos y en todas las armas, se unieron al caudillo de la restauración de la destronada dinastía, y proclamaron en Sagunto al hijo de doña Isabel rey constitucional de España con el nombre de Alfonso XII.

A mi llegada a Colombia, cinco años antes, varios amigos, en su mayor parte periodistas, y todos hombres políticos notables, me preguntaron mi opinión sobre la posibilidad de que los Borbones volviesen a ocupar el trono de que la revolución los había lanzado; y como yo opinara que era muy difícil, si no imposible, que tal cosa

aconteciera dado el modo y la forma de verificarse aquel grave acontecimiento, dijéronme que cuál sería mi determinación, en el caso improbable de que la dinastía de los Borbones volviera a entronizarse en España. Mi contestación fue, que entonces, sin perder mi cualidad de español, tomaría domicilio en Colombia.

Tan pronto como llegó la noticia de la restauración, varios amigos de los que se hallaban presentes cuando hice mi promesa, fueron a exigirme su cumplimiento.

Yo no sabía qué contestar, porque el caso para mí era muy grave. En España podría seguir viviendo... como otras veces a costa de mi trabajo en el estéril y espinoso campo de las letras. En Colombia no se las puede cultivar sino por mera afición, pues su cultivo nada produce. Estas fueron las razones que alegué a mis amigos, para no resolverme desde luego a fijar entre ellos mi residencia. No quiero ser gravoso, les dije, a los que me ofrecían con tanto cariño una patria adoptiva, sin que yo pueda, en compensación, prestarles servicios de utilidad verdadera.

Sí puede Usted, me contestaron. Hace tiempo que viene Usted publicando en los periódicos, y demostrando en sus conferencias, la necesidad que Colombia, pueblo esencialmente agrícola y ganadero, tiene de abandonar la vieja rutina y entrar de lleno en el estudio y en las prácticas de la agricultura científica, para obtener de los campos el mejor y mayor producto con el menor dispendio y trabajo posibles. Nosotros necesitamos un guía para penetrar en ese sendero, y nadie puede serlo mejor que Usted, que con tanta y tan laudable insistencia nos lo viene aconsejando. Establezca Usted un Instituto Agrícola bajo su dirección, y todos le ayudaremos a pagar con un nuevo beneficio la franca y leal hospitalidad que en esta tierra ha encontrado.

Excusábame yo de echar sobre mis hombros un peso tan grave como el de la dirección de la enseñanza de la que con razón puede llamarse la ciencia de las ciencias; pero ellos, atribuyéndome cualidades muy superiores a las mías, insistieron en su demanda, y yo hube de acceder confiado en que podría llevar de España profesores

idóneos, y en que con el estudio y la constancia conseguiría adquirir algo de lo mucho que había menester para ocupar dignamente tan honroso puesto.

Desde entonces me consagré sin descanso a los estudios de Agronomía en relación con las diferentes zonas de cultivo que ofrecen las regiones intertropicales, fijándome especialmente en el del olivo y la vid, con el objeto de poder sustituir algún día el higiénico aceite de oliva, a la indigesta y perjudicial grasa del cerdo, como condimento de la alimentación, y reemplazar la chicha, bebida embrutecedora, con el vino de uva que en muchas comarcas podría obtenerse.

Luchábamos con inconvenientes graves, pero no invencibles para establecer ambos cultivos. Para la propagación de los olivares contábamos sólo con algunas plantas ya envejecidas y casi estériles, llevadas allí en el siglo pasado por los P.P. de la Compañía de Jesús; para cultivar la vid, en la escala y condiciones necesarias para el objeto propuesto, había la dificultad de la madurez desigual del fruto, no sólo en cada planta sino en cada racimo, y la de haber de buscar a mayor altura que la en que la vid fructifica, un lugar de temperatura apropiada, donde la fermentación vinosa no pasase con la rapidez que en los climas cálidos, a fermentación acética.

Lo mismo, poco más o menos, sucedía con el olivo. Como el trabajo de la vegetación no se interrumpe en ninguna época del año, y la savia circula sin dificultad en todas las estaciones, el árbol de Minerva ofrece en cada lunación nuevas y abundantes flores, las cuales se van convirtiendo en fruto; de modo que el olivo ostenta siempre, de una manera simultánea, flor, fruto incipiente y fruto en todos los grados de desarrollo hasta llegar a la madurez completa.

Este inconveniente, aunque grave, pues obliga al cultivador a hacer en el año muchas recolecciones según se va presentando el fruto maduro, sin perjudicar al que queda en el árbol, podía irse modificando con el tiempo y la constancia, obligando artificialmente a la planta a producir sólo dos cosechas anuales, como se hace ya con el

cafeto, que tiene las mismas tendencias, despojándolo del fruto o de la flor presentados fuera de tiempo.

Formamos una sociedad para cultivar el olivo y la vid; hízose el primer ensayo con renuevos y ramas de los olivos viejos llevados por los P.P. de la Compañía, eligiendo para ello un vallecito de terreno arcilloso arenisco, en la Villa de Leiva.

El resultado de la primera plantación no pudo ser más satisfactorio: las plantas brotaron con extraordinaria lozanía, y todos auguraban un feliz resultado.

Teniendo ya, por decirlo así, una base de operaciones, escribí una Cartilla Agraria que el Gobierno publicó y difundió por las escuelas; la prensa toda me felicitó por mi trabajo, y me estimuló a que cuanto antes estableciera el Instituto Agrícola.

Con tal objeto adquirí en la Villa de Leiva un convento abandonado al suprimirse las comunidades religiosas; hice obras importantes en él para adaptarlo a su nuevo objeto; obtuve del Gobierno Nacional que los Estados enviaran alumnos pensionados, escribí a España para llevar profesores y todo el material necesario para la enseñanza; pero me salió al paso la vanidad de un hombre, herida por mi lealtad y franqueza; y valiéndose de su autoridad en el Estado, no sólo destruyó mis planes, disputándome la posesión del edificio sino que se apoderó de él y trató de establecer la enseñanza agrícola bajo las mismas bases y con las mismas condiciones que yo había publicado en mi programa, dando sin pudor ni vergüenza, como ideas propias las ajenas mal adquiridas.

Para defenderme de aquella agresión injusta y devolver golpe por golpe, tuve que acudir a la prensa y publiqué en la capital, sin ayuda de nadie y como redactor único, un periódico satírico titulado El Cachaco (joven de buen humor), que fue cariñosamente acogido por todas las clases sociales, y que, al decir de la prensa de todos colores prestó algunos y buenos servicios a la sociedad colombiana.

En dicho periódico solía yo denunciar los abusos de aquel hombre funesto que consideraba como feudo propio el Estado que debía gobernar y administrar en provecho de sus habitantes y no en el suyo y el de sus amigos y paniaguados. La opinión pública estuvo de mi parte, y poco después, aquel hombre funesto, agobiado por una acusación en la Cámara de Representantes y por el descrédito de su conducta, murió lejos del poder y abandonado a sus remordimientos. Dios lo haya perdonado.

Durante la lucha sostenida por mí en defensa de mi dignidad y de mis intereses, recibí un pliego oficial del Gobierno del Estado de Santander, ofreciéndome todo lo necesario para establecer allí, bajo mi dirección, el Instituto Agrícola que proyectaba en el de Boyacá; adopté la propuesta; maté, aunque con dolor, mi querido y popular periódico, cuya desaparición fue lamentada por toda la prensa, y fuí a ponerme a las órdenes del Presidente de aquella sección de la República, quien me colmó de atenciones y me acompañó después a la ciudad de La Concepción a dar mayor autoridad e importancia a la inauguración del Instituto Agrícola.

Cuatro años estuvo funcionando aquel Establecimiento de enseñanza que dio buenos resultados, y los hubiera dado mucho mayores, si el Gobierno, preocupado por los asuntos políticos, le hubiera dado todos los elementos de desarrollo pedidos por mí con insistencia.

A los tres años de ejercicios, una mañana, paseando a caballo por un estrecho sendero, tuve la desgracia de que el animal, sin advertir un gran hoyo oculto entre la yerba, cayera conmigo, dando la vuelta sobre mí, fracturándome en la caída y en el pisoteo para levantarse y salir del hoyo, cuatro costillas, la clavícula izquierda y el radio del brazo del mismo lado, produciéndome además algunas contusiones graves.

Después de esta desgraciada ocurrencia, permanecí un año más prestando, aunque con trabajo, mis servicios al Instituto; pero hallándose mi salud muy quebrantada y en gran peligro mi vida, y recibiendo sin cesar cartas de mi anciana madre, impregnadas de ese santo dolor que sólo las madres saben sentir y expresar cuando se trata de la

existencia de un hijo enfermo y ausente, determiné regresar a España; y con licencia del Gobierno a quien servía y la esperanza de volver a ocupar mi puesto, volví al paterno hogar, por tantos años abandonado, con el objeto, más que de mejorar mi salud, de estrechar contra mi corazón a la que me dio el ser y con tanto afán me esperaba.

En distintas ocasiones había yo ido consignando en forma de cartas poéticas a un amigo muy querido y bajo el título de La zona intertropical, las ventajas y desventajas de la vida en cada uno de los tres climas diferentes en que sus tierras se dividen, según la mayor o menor altura sobre el nivel del mar en que se hallan, es decir, los climas templados, los fríos y los calorosos. Faltábame para completar mi trabajo, expresar como consecuencia la nostalgia del suelo natal, esa parte de nuestro ser físico y de nuestra alma que nos llama siempre, y donde quiera que se esté, con el vivo recuerdo de nuestras primeras sensaciones, tan gratas como inolvidables.

Obedeciendo a este sentimiento poderoso, completé mi trabajo con la poesía titulada Mis esperanzas, donde compendio todas mis aspiraciones, cuando ya me disponía a emprender mi viaje de regreso.

Parte de ella se publicó en Colombia antes de mi salida de aquel país, y después todo completo en la Biblioteca Universal de Autores Antiguos y Modernos.

LA ZONA INTERTROPICAL

Ventajas e inconvenientes de sus diversos climas

(CORRESPONDENCIA ÍNTIMA)

Á mi querido amigo de la niñez D. Nicolás Díaz Benjumea

CARTA PRIMERA

SOBRE LAS DELICIAS DE LA TIERRA TEMPLADA

Ahora sí estoy contento, amigo mío:
Vivo en una constante primavera:
Ni el calor me molesta del estío,
Ni busco, tiritando, contra el frío
Abrigado rincón junto a la hoguera.

De la vida de Europa fatigado,
Donde es todo ilusión, engaño y dolo,
Aquí encontré un asilo sosegado
No siendo ni envidioso ni envidiado,
No hay hombre más feliz de polo a polo.

De nuestra culta sociedad recuerdo
Los caprichos, sandeces y manías,
Que en perderlos de vista nada pierdo.
Lejos de esa Babel, me juzgo cuerdo
Y doy gracias a Dios todos los días.

Recuerdo, en el vestido, en el calzado,
Al hombre siempre convertido en mono;
A la moda ridícula amarrado,

Sin atreverse a rechazarla airado,
Confundiendo el buen tino y el buen tono.

Recuerdo el frac y el ajustado guante,
La corbata que el cuello mortifica,
Las apretadas botas militantes,
Y otras muchas lindezas semejantes...
Más ¿quién a la deidad no sacrifica?

Recuerdo las visitas de etiqueta,
Donde sólo es verdad el cumpro y miento;
El enemigo que la mano aprieta;
La forzada sonrisa, que completa
Un saludo en que todo es fingimiento.

Y el paseo en lugar determinado,
En que no entra por nada el ejercicio:
Especie de revista o de mercado,
Donde el trapo mejor es máspreciado,
Aunque venga del crimen o del vicio.

Recuerdo las violentas emociones
Del baile, en que, arrastrando un alma inerte,
Va el pobre cuerpo haciendo contorsiones,
El rostro rebosando de ilusiones
¡Y herido acaso el corazón de muerte!

Recuerdo... Pero basta ya del ultraje
A la humana razón; mi alma delira
Sólo por emprender largos viajes;
Pero detesto ya los carruajes,

Que son del movimiento una mentira.

No, no más obelisco en la cabeza,
Aunque allá lo ponderen con encomio.
Basta ya de locura o de simpleza;
Porque la Europa a caducar empieza,
O forma ya un inmenso manicomio.

No más colmenas de la raza humana:
Basta ya de ciudades populosas,
Donde la gente por vivir se afana;
Donde a nadie le alcanza lo que gana
Para exterioridades fastuosas;
Donde entre nubes de humo el sol se esconde;
Donde están las ideas subvertidas,
Y a la voz del deber nadie responde;
Do corren todos, sin saber a dónde,
Atmósfera y consciencia corrompidas.

Vaya el ferrocarril en hora mala:
Los sentidos en él el hombre anula,
Y a su maleta o su baúl se iguala.
Aquí Naturaleza me regala
Con sus encantos viajando en mula.

Los campos siempre verdes y floridos,
Las aves siempre alegres y canoras
Embelesan de gozo los sentidos:
No hay días en el tedio consumidos,
Rápidas como instantes son las horas.

Los frutos del invierno y del verano,
Los de la primavera y los de otoño
Cógense a un tiempo al extender la mano:
La odorífera poma, el rubio grano,
La roja fresa, el áspero madroño.

El nardo y el clavel se balancean
Entre los tallos de la rosa esquiva;
Las pasionarias en el aire ondean;
Vistosos colibrís revolotean
En torno a la modesta sensitiva.

La mirla blanca, el de plumaje de oro,
Toche⁴ gentil, con melodioso acento
Su voz confunde en sublime coro,
Y su canto dulcísimo y sonoro
Entre olas de perfume arrastra el viento.

Desatándose en perlas la cascada,
Bríndame su corriente cristalina;
En sus linfas me encuentra la alborada,
Y exclamo sin cesar: ¡Tierra templada,
Tú eres de goces mil fuente divina!

Aquí, entre los placeres inocentes,
Rodeado de libros y de flores,
Agasajado por sencillas gentes,
Escuchando el murmuro de las fuentes
Y los trinos de amantes ruisseños,

⁴ Toche, especie de oropéndola.

Las tristes consecuencias desafío
Del pecado fatal de Adán y Eva:
Ven a tierra templada, amigo mío;
Edén eterno sin calor ni frío...
No hay pena ni dolor que a esto se atreva.

Aquí el poder divino resplandece
En bellezas sin término y sin nombre;
Todo lo grande, allá, se empequeñece,
Y hasta la obra de Dios desaparece
Ante la obra raquílica del hombre.

Colombia, Agosto 1881.

CARTA II

SOBRE LOS INCONVENIENTES DE LA TIERRA TEMPLADA

Hace días te escribí
Con el alma entusiasmada,
Y tan ampuloso fui,
Que habrás dicho para ti:
"Me voy a tierra templada".

Sabes que mi corazón,
A todo cálculo extraño,
Cede a cualquiera impresión,
Por más que a cada ilusión
Siga pronto un desengaño.

Dirás que la inexperiencia,
A mi edad, es censurable;
Que es un cargo de conciencia;
Pero... soy por excelencia
Un ser tan impresionable!...

Los defectos que hay en mí
No quiero ocultarlos, no;
Te dije lo que sentí.
Ya ves, si Dios me hizo así,
¿Qué he de remediarle yo?

Vi el campo verde y risueño;
Sentí el aire perfumado;
De mi emoción no fui dueño,
Y dije: esto no es un sueño,
Es un Edén encantado.

Más pasó uno y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y todo igual subsistía,
Y al fin la monotonía
Por aburrirme acabó.

En fuerza de la costumbre,
El placer se me hizo extraño,
Y dábame pesadumbre
No hallar calor para el baño
Ni frío para la lumbre.

Los insectos abundaban

De tierra fría y caliente;
Los reptiles me asustaban,
Porque doquier me asechaban
Con su venenoso diente.

Las niguas⁵, bicho fatal,
Mis pobre pies invadieron
Con saña tan infernal,
Que en cada uno establecieron
Una colonia formal.

Con situación tan pesosa
Llegué a familiarizarme,
Y hasta la encontré sabrosa,
Sin cuidarme de otra cosa
Que estar tendido y rascarme.

Falta de fuerza y de acción,
Mi sangre, ya entumecida,
Con lenta circulación,
Me arrastraba a la inacción;
Se me agotaba la vida.

Mi goce más deseado
Era el sueño a grandes dosis,
Y mi cuerpo demacrado
Estaba ya extenuado
Por la anemia y la clorosis.

⁵ Nigua, pulga especial, muy pequeña, que se introduce, para procrear, debajo de la piel, que al efecto perfora, y produce dolores intensos. Busca con preferencia los pies para alojarse, y abunda más en los climas templados (*Pulex penetrans*, de Lin.).

La lectura era imposible;
El ejercicio quimera;
Llegó a hacérseme insufrible
Del ave el canto apacible
Y el verdor de la pradera.

De la flor en el aroma
Hallaba cáustica esencia;
Cansancio al subir la loma,
Amargo en la dulce poma
Y fastidio en la existencia.

El rumor de la cascada
Convirtiéndose en ruido fiero;
Tristeza hallé en la alborada,
Lobregués en la enramada
Y en todo funesto agüero.

Tal era mi situación,
Cuando, al saberla, un amigo
Llegó lleno de aflicción,
Diciendo: -Sin remisión
Ahora te llevo conmigo.

Aún es tiempo todavía.
-¿A dónde llevarme quieres?
Dije con melancolía.
Y él contestó: -¡A tierra fría,
Que aquí te mueres, te mueres!

Salgamos ya sin demora.
-Pero, hombre, por Belcebú...
-Aquí la muerte es traidora.
Mátete Dios en buena hora;
Pero no te mates tú.

Y sin dejarme pensar,
Puso en orden mi equipaje,
Mi mula mandó ensillar,
Y ayudándome a montar,
Emprendimos el viaje.

Con un pie ya en el estribo
Y el alma desencantada,
Estos renglones te escribo.
Salgo más muerto que vivo.
¡Huye de tierra templada!

Colombia, Agosto de 1881.

CARTA III
SOBRE LAS DELICIAS DE TIERRA FRIA

Respiro al fin. Sobre la verde loma,
De opulentos trigales matizada,
En púrpura teñido Febo asoma.
De purísimas perlas adornada
La flor despide su fragante aroma
Por el rayo de luz acariciada,
Y en su cáliz henchido de ambrosía

Recibe el casto beso que le envía.

El amoroso llanto de la Aurora
Convertido en vapores se levanta
Y el aterido páramo decora.
Todo a mi alrededor la vista encanta:
Brilla la nieve allá deslumbradora,
Que el duro lecho sin cesar quebranta,
Y de la roca oculta entre la breña
El cristalino arroyo se despeña.

De la humilde cabaña del labriego
En gallarda espiral el humo asciende;
La familia agrupada junto al fuego
La yerta mano hacia la llama extiende;
De espesa leche el tarro llega luego
Que por la espuma su calor desprende,
Y los pones van, uno por uno,
Recibiendo el sabroso desayuno.

La pareja de bueyes enyugada
La voz del labrador tranquila espera;
La tierra no está seca no mojada;
Sale el indio, calada su montera;
Y, lanzando a su yunta una mirada
Paternal, cariñosa y placentera,
Se hace una cruz desde la frente al pecho,
Y emprende su camino hacia el barbecho.

Recatando del viento la mejilla,

Poco después, en su chircate⁶ envuelta
Con sombrero raspón⁷ y ancha mantilla
Al cercano redil la india da vuelta;
El rocío en las hojas ya no brilla,
y al verde prado las ovejas suelta;
Ella las sigue por doquier ufana,
Hilando un copo de menuda lana.

En tanto yo, sobre mi potro altivo,
Delante el perro, la escopeta al lado,
En la sabana⁸ un círculo describo,
La torcaz persiguiendo apresurado;
Y, aunque en el burdo bayetón⁹ cautivo,
El plomo alguna vez sale acertado,
Y a la hora de almorzar vuélvome a casa
Con envidiable humor y hambre no escasa.

Hecha la digestión con mi paseo,
Tranquila el alma y de placer henchida,
Sin que nadie me turbe, escribo o leo,
Gozando por completo de la vida.
Al declinar la tarde, me recreo
Con la nube de púrpura teñida,
Donde la ardiente luz del Sol refleja
Y una erupción volcánica semeja.

Por la noche, aunque el lecho está algo frío,

⁶ Chircate, Tela oscura de lana en que las mujeres se envuelven como los niños de pecho en sus mantillas.

⁷ Sombrero tejido de palma, muy duro y pesado.

⁸ Llanura de formación lacustre.

⁹ Manta grande de doble tela y mucho abrigo, con una abertura en el centro para meter la cabeza.

Con mi propio calor pronto lo templo;
Allí del mundo y su ambición me río,
Y libre de su influjo me contemplo.
El sueño viene al fin; ya no soy mío;
Y, cerrados los ojos, no hay ejemplo
De abrirlos, sin que, entrada la mañana,
Pase un rayo de luz por mi ventana.

El tiempo está sereno y delicioso;
Del páramo¹⁰ no sopla el viento helado;
La brisa matinal me hace dichoso,
Y salgo a respirarla embriagado.
Con esta vida activa y de reposo
Me voy poniendo gordo y colorado.
¡Existencia feliz! yo no sabía
Que se gozara tanto en tierra fría.

Aquí, a nueve mil pies sobre los mares,
No hay ya reptil de venenoso diente,
Ni insectos insufribles, que a millares
Infestan lo templado y lo caliente.
Lo mismo en la campiña que en sus lares
Descuidada y feliz vive la gente,
Sin temor de una muerte prematura
Causada por aleve mordedura.

Todo cuanto apetezco y necesito
Lo encuentro en abundancia incomparable;
Comidas succulentas, apetito,

¹⁰ Región muy elevada y fría.

Sueño reparador, inalterable;
Y como a honestos goces me limito,
Disfruto una salud tan envidiable,
Que, a pesar de mis muchos desengaños,
Quiero y pienso vivir hasta cien años.

Colombia, Septiembre de 1881.

CARTA IV

SOBRE LOS INCONVENIENTES DE LA TIERRA FRÍA

"¡Ciérranme esa ventana, que me hielo!
Pónganme aquí, a los pies, una frazada¹¹
Siquiera la del último sirviente;
No importa, la paciencia ya me falta!"
He aquí la exclamación, que a cada paso
Mi labio triste con dolor exhala.
Van dos meses eternos que la lluvia
Ha convertido en lago la sabana;
No hay más variación que densas nieblas
Y horribles, destructoras granizadas.

Cerrado está el camino a la parroquia,
Y nuestras provisiones ya se acaban...
¡Oh! cuán lenta circula por mis venas
La sangre con el frío coagulada!
Y ese viento del páramo incesante,
Y ese manto de nieve que amenaza
Sepultar nuestra mísera vivienda...

¹¹ Frazada, cobertor de lana burda.

¡Cómo las ilusiones nos engañan!
Si al lado del hogar busco un abrigo,
El humo, que me asfixia, me rechaza;
Si demando calor al movimiento,
Apartarme no puedo de mi estancia.
Por doquiera es el suelo una laguna
O un cenagal profundo que me espanta.
¡Qué situación! Perdona, amigo mío,
Que a pesar de mis años y mis canas,
Seducido otra vez por apariencias,
Sufra de nuevo decepción amarga.

Esta vida no es vida, es peor que muerte;
Es el vacío aterrador... la nada.
Las escenas de idilio, que hace poco
Mi candorosa pluma te pintaba,
Nacieron de mi pobre fantasía,
Y al fin la realidad vino a borrarlas.
Ya la espumosa leche me repugna,
Servida en negra y miserable taza.
El establo y redil, que a mi aposento
están harto cercanos por desgracia,
Hácenme respirar a todas horas
Una atmósfera fétida y pesada.

Aquí no se conoce la limpieza;
Un invencible horror tienen al agua,
Y sólo la utilizan en la chicha¹²
Con que constantemente se embriagan.

¹² Chicha, licor fermentado, hecho de agua, maíz cocido y miel de caña.

La mujer que me sirve el alimento
Tiene corteza ya dura y coriácea,
Formada por el humo y por la mugre,
Que al olfato repugna a gran distancia.
Ya de mis ojos huye el grato sueño,
Que en tiempo más feliz me acariciaba;
Las pulgas, refugiadas por millones
En mi lecho de juncos y de cañas,
Y otros insectos viles y asquerosos,
Que conserva el indígena y propaga,
No me dejan dormir ni un solo instante,
Mi sangre encienden, mi paciencia acaban...
Por único alimento sólo resta
Una especie de engrudo o de argamasa,
A que el nombre le dan de mazamorra¹³,
Invención tan absurda y endiablada,
Que nadie, si se come o si se bebe,
Puede afirmar con plena confianza.

Ya el catarro nos tiene consumidos;
No ha perdonado víctima en la casa,
Y hay un coro de voces perdurable,
Sin momentos de espera ni de pausa.

Hoy no puedo moverme de mi lecho.
¡El reuma articular! ¡Oh suerte aciaga!...
Pero mi amigo y salvador ya llega,
Venciendo hasta imposibles su constancia.
Los brazos a mi cuello, silencioso,

¹³ Mazamorra, especie de puches de harina de maíz, hojas de col y alguna vez un poco de carne.

Echa, al verter una furtiva lágrima,
Y da la orden expresa a seis peones,
Seis héroes, diré, que lo acompañan,
Para que el guando¹⁴ al punto esté dispuesto
A sacarme de aquí sin más tardanza.
-¿A dónde me conducen? le pregunto.
-Donde a tu horrible mal remedio se halla.
-¡A la tierra caliente! - Dios lo quiera.
¡Basta de tierra fría... basta, basta!
-¿Está ya todo? - Todo. -Adiós, amigos.
-Muchachos, un buen trago. ¡Arriba! ¡En marcha!

Colombia, Septiembre de 1881.

CARTA V

SOBRE LAS VENTAJAS DE LA TIERRA CALIENTE

Ahora sí, no me engaño;
Amigo, éste es el colmo
Del bien que ansiar pudiera
El ser más ambicioso.

Treinta grados centígrados
Marcando está el termómetro.
Lento corre a mis plantas
Un río caudaloso,
Y extensa platanera
Con murmurio sonoro
El blando sueño arrulla

¹⁴ Guando, Hamaca pendiente de una o dos varas largas en que conducen los enfermos entre dos o cuatro peones.

Que hace entornar mis ojos.

Los anzuelos y redes

Nos dan en grande acopio

Bocachicos y bagres¹⁵,

¡Alimento sabroso!

Guacharacas y pavas¹⁶

Y paujés¹⁷ y loros

Y guacamayos lindos

De colores vistosos

Pueblan las arboledas

Que nos sirven de toldo,

Y ya alegran los ecos

Con su canto sonoro,

Ya sirven en la mesa

De manjar delicioso.

Las garzas y los patos,

Cruzan de un lado a otro;

O en la arenosa playa

Forman grupos armónicos

Que dan vida al paisaje

De matizado fondo.

El yucal¹⁸ nos ofrece

Sin un trabajo incómodo

Sus frutos sazonados,

¹⁵ Bocachicos y bagres: peces muy abundantes en los ríos de tierra caliente.

¹⁶ Guacharacas y pavas: aves de la familia de las gallináceas que habitan exclusivamente en las selvas ecuatoriales de muy elevada temperatura.

¹⁷ Paujés: especie de pavos silvestres. Los hay de especies muy variadas.

¹⁸ Yucal: plantío de yuca manioc, planta tuberosa de que se hace el pan llamado de casabe. Cocidas las raíces son un agradable y sano alimento.

Blancos y tuberosos;
El arrozal, su espiga;
La caña, el dulce pródigo
Con que el fresco guarapo¹⁹
Fermenta en odres hondos.

Del plátano el racimo
Doblega el tallo herboso,
Y a las manos se viene,
Ya amarillo cual oro
Y almíbar destilando,
O ya duro y verdoso,
Del pan émulo digno,
Asado entre el rescoldo.

Nuestro apetito sacian
El viudo y sancocho²⁰,
Sirviéndonos de plato,
Limpio siempre y lustroso,
Del plátano las hojas
Cercanas al cogollo.

Del caney²¹ en el centro,
Tendido en mi chinchorro²²
Fumo el mejor tabaco

¹⁹ Guarapo: bebida fermentada hecha de agua y miel de caña o azúcar de clase ínfima. Es de uso muy común donde quiera que se produce esta gramínea.

²⁰ Viudo y sancocho: el primero, guisado compuesto de pescado, plátano verde y yuca; el segundo, de los mismos vegetales y carne salada.

²¹ Caney: cobertizo rústico que sirve para orear el tabaco, establecer el trapiche o molino para la caña de azúcar y lugar de descanso de la familia.

²² Chinchorro: hamaca hecha de red muy usada en todas las tierras calientes. Lecho exclusivo de los indígenas.

Que produce el contorno.

Mi ligero vestido

No me sirve de estorbo,

Pues sólo uso las prendas

Que me exige el decoro.

Por tarde y por mañana

Tomo en el río undoso

Un baño placentero

Para entonar mis órganos;

Duermo una larga siesta,

Cuando el sol cae a plomo,

Y alégranme en la noche

De mis vecinos todos

Las traviesas muchachas

Con sus rendidos novios,

Que bailan, ya el bambuco²³,

Ya el torbellino²⁴ airoso,

Acompañando el tiple

Y el alfandoque²⁵ ronco

Sus dulces movimientos,

Sus cantos voluptuosos.

¡Qué vida! ¡Esto sí es vida!

¡Bien hayan de los trópicos

La paz nunca turbada,

²³ Bambuco: especie de fandango; aire nacional entre alegre y melancólico.

²⁴ Torbellino: canto y baile popular más animado que el anterior.

²⁵ Alfandoque: instrumento muy ruidoso formado de un canuto de caña bambú o palma chonta con unas piedrezuelas dentro.

Los días calorosos,
La molicie envidiable...
Hasta para un canónigo!

Ven a tierra caliente,
Si quieres ser dichoso,
Y vivir sin cuidados
Del placer en el colmo.

Alimento, vestido,
Techo feliz y umbroso
Los da Naturaleza,
Con un afecto insólito,
Al ser, por Dios creado
Para gozar de todo.

Aquí, para ser rico,
Es inútil el oro:
El suelo, el agua, el aire
Nos brindan bondadosos
Inagotables frutos,
Espléndidos tesoros.

La sombra de una palma
De penacho vistoso,
De una copuda ceiba²⁶
O de un cámbulo rojo²⁷
Vale más que el palacio

²⁶ Ceiba o ceibo: árbol copudo y de muy rápido desarrollo.

²⁷ Cámbulo o cachimbo: árbol muy corpulento de la familia de las leguminosas: se viste dos veces al año de flores de un rojo de fuego. Sirve como el anterior para dar sombra a los plantíos de café y cacao.

En que el arte orgulloso
Ha aumentado el fastidio
Del que vive en el ocio
De las ciudades míseras
Entre el cieno y el polvo.

En fin, amigo mío,
Si quieres ser dichoso,
Ven a tierra caliente;
Y, si vienes, ven pronto;
Que aquí nada nos falta
Para ser venturosos.

Colombia, Octubre de 1882.

CARTA VI

SOBRE LAS DESVENTAJAS DE LA TIERRA CALIENTE

¡No puedo más! ¡Estoy desesperado!
Este clima no es clima para el hombre.
Aquí todas las plagas se han juntado,
Y es un infierno con distinto nombre.
Doquier que uno se mueva,
Halla enemigo cruel que lo persiga:
Si de alejarse trata
Diez pasos del hogar, en él se ceba
Ya en ruda enjambre despiadada hormiga,
Ya tenaz e invisible garrapata.
Si a coger una fruta
El capricho o la sed la mano lleva,
Con un aguijón punzante

La ansiosa avispa audaz se la disputa,
Cuando no se revuelve y aun lo acosa,
Erguida en espiral y amenazante,
Alguna horrible sierpe venenosa.

Si en la mitad del día
Treguas a mi dolor pido a Morfeo,
Despiértanme con terca algarabía
El constante gruñir de los marranos,
De la inquieta gallina el cacareo,
(Pues viven con nosotros como hermanos),
O el estridente son de la chicharra
Que los oídos míseros humanos
Aturde sin piedad, rompe y desgarrar.

A veces, cuando al sueño ya rendido
Busco en la noche el plácido sosiego,
Entran de pronto a atormentar mi oído
Turbas de extraña gente,
De quien en mi alma con furor reniego,
Que cantan y que tocan y que bailan
Con infernal ruido
Y un entusiasmo bárbaro y creciente;
Y cuando ya su efecto ha producido
El guarapo mezclado al aguardiente,
Crece el ardor, el huracán estalla,
Y la fiesta conviértese en batalla.

Otras, cuando dormido voy quedando,

En lugar del jején²⁸ de dardo agudo,
Con la nocturna sombra llega luego
El molesto zancudo²⁹,
De cuya horrible música reniego;
Chinches y pitos³⁰ vienen a montones
A clavarme sus fieros agujones,
Y mi sangre chupando,
Dejan sobre mi piel ronchas de fuego.
Otras veces, del techo removido
Por el ratón inquieto o la culebra,
De quien es codiciado y perseguido,
Gran lluvia de alacranes o escorpiones
Sobre mí se desata, y dolorosa
Herida me abre su uña ponzoñosa.

Del techo y las paredes las rendijas,
Que franco y libre paso
Dan a mil repugnantes sabandijas,
Permiten que el murciélago asqueroso,
De vuelo silencioso,
En mi estancia, famélico penetre,
Y cual ladrón osado,
Junto a mis pies con precaución posado,
A morderme se atreva,
Y, mientras duermo yo, mi sangre beba.

²⁸ Jején: mosquito muy pequeño, diurno, cuya picadura produce un grande escozor. Abunda mucho en las tierras calientes y templadas, sobre todo cerca de los ríos.

²⁹ Zancudo: el mosquito llamado entre nosotros cínife o lancero.

³⁰ Pitos: insectos hasta de una pulgada de largo. Chupan la sangre por medio de un aparato parecido al de la chinche, y en la picadura suelen formarse pústulas.

¡Horrible batalla! Por la mañana
Encuéntrome molido y fatigado.
Mi sangre hierve, mi cerebro arde;
Corro al baño a buscar un lenitivo,
Y el aguijón me espera de la raya³¹,
Con su veneno activo,
Entre el fango o la arena de la playa,
Cuando no del caimán³² el corvo diente,
Para coger mi cuerpo
Con su tenaza poderosa y dura,
Hundirme en la corriente
Y en su estómago darme sepultura.

Al desabrido y bárbaro brebaje,
Que es de esta tierra el único alimento,
De acomodarme trato;
Pero a un tiempo con fuerza lo rechazan
Mi paladar, mi estómago y mi olfato.
Vencer mi repugnancia en vano intento,
Y ¡ay! en vano también al cielo imploro
Que me vuelva el instinto primitivo
Y los gustos sencillos del salvaje.

El guarapo a beber ya no me atrevo,
Porque apenas lo bebo,
En licor corrosivo se convierte.
El sancocho y el viudo
Cáusanme indigestiones dolorosas.

³¹ Raya: pez provisto de uno o más aguijones venenosos, en la cola. Su picadura es de difícil curación.

³² Caimán: es el cocodrilo americano y los hay de dos especies. Viven en las aguas tranquilas y cenagosas y son muy atrevidos y voraces.

En balde de un lugar a otro me mudo;
La humedad y el calor doquier elevan
Mortíferos miasmas
Que la pesada atmósfera envenenan;
Y la fiebre, minando mi organismo
Debilitado, lánguido e inerte,
Abre a mis pies profundo y ancho abismo
Y hacia él me empuja en brazos de la muerte.

¡No más! Aquí me espanta mi destino:
El carate³³ y el coto³⁴
Asoman ya en mi faz y en mi garganta;
Mi efigie demacrada y macilenta
Es de la humana forma
Sarcasmo peregrino;
Mi cuerpo no es ya más que una osamenta
Oculto entre arrugado pergamino.
Un paso más, un palmo, una pulgada,
Y tornarése en polvo, en humo, en nada.

Colombia, Marzo de 1883.

MIS ESPERANZAS

CONCLUSIÓN DE LA ZONA INTERTROPICAL

¡Oh, dulce aire natal! brisa amorosa
De la sierra Morena y la Rondina³⁵;

³³ Carate: especie de vicio herpético, que produce en la piel manchas azules, pardas o blancas.

³⁴ Coto: bocio o papera, es muy común en los climas cálidos y húmedos de las regiones montañosas.

Del Guadaira y del Bétis³⁶
Margen fresca y umbrosa;
Florida primavera,
Cuyo aliento purísimo reviste
De perfumada alfombra la pradera;
Tesoro de la mies, pródigo estío,
Con tus bellas y alegres excursiones
A la era polvorosa,
A la orilla del mar o al claro río;
Lánguido otoño, cuya sien corona
Abundante guirnalda
De frutos de Sileno y de Pomona;
Invierno deseable
Con tu cortejo amable
De espectáculos bellos,
Donde luce en artísticos destellos
La ardiente inspiración del genio hispano;
Cadena de saraos suntuosa,
Donde la grata, femenil belleza
Entre esplendores brilla,
Para ostentar al mundo
El donaire, la gracia y gentileza
De las apuestas damas de Castilla...

¡Ay! yo anhelo volver a tu regazo,
Patria siempre adorada,
Y a mi pecho, estrechar con tierno abrazo
La familia hartos tiempo abandonada,

³⁵ Sierras Morena y Rondina: las que limitan por el sureste y noroeste el extenso Valle del Guadalquivir en la provincia de Sevilla.

³⁶ Guadaira, modesto riachuelo que da nombre a la patria del autor. Bétis, antiguo nombre del Guadalquivir.

Los amigos queridos
Que en la dicha conmigo disfrutaron,
Y que en la amarga pena
El llanto de mis ojos enjugaron.
Quiero posar mis labios amorosos
Sobre el altar en que por vez primera
Su sentida plegaria
Me enseñó a pronunciar mi tierna madre;
Besar la triste losa funeraria
Que oculta las cenizas de mi padre;
Reposar a la sombra del olivo,
Do en mi niñez la frente refrescaba,
Al esquivar del sol el rayo estivo.

Quiero, en la misma fuente,
A que llegué cien veces fatigado,
Por una vez siquiera
Beber arrodillado,
Y en su linfa apagar mi sed ardiente.
Quiero posar mis pies en la pradera
Que feliz en mi infancia recorría;
Ver el lugar amado
Donde, al volver del África ardorosa,
Su nido un año y otro suspendía
Alegre y placentera
La golondrina cándida y parlera;
Y contemplar a Oriente y a Occidente
El sol que con sus rayos me inundaba;
Que, al nacer, en las tímidas violetas
Del rocío las lágrimas secaba,
Y, al expirar el moribundo día,

En sus tintas de fuego me envolvía.

Quiero alegrar mis ojos
Con la flor del almendro y del manzano,
Cuando la savia a circular empieza,
Y deja el campo su sudario triste,
Y con matices rojos
Espléndido y galano,
Para dar más realce a su belleza,
Su rico y verde manto se reviste
Nuestra madre común, Naturaleza.

Quiero ver los montones
De la segada mies en el verano,
Llenar el ancha era,
Y henchir las trojes con el rubio grano;
Y luego en el lagar la fruta eximia,
Que da el mosto en la prensa a borbotones,
Aumentando el placer de la vendimia;
Y coger del nogal y del castaño
Y otros árboles bellos
Del otoño los frutos sazonados
Y con ávidos ojos contemplados
Des que empezaron a brotar en ellos.

Quiero junto al hogar, que nunca olvido,
Pasar las largas noches
Del invierno inclemente,
Viendo al tronco de encina ya encendido
Lanzar su llama ardiente
Entre el humo sutil que al aire sube

Y forma en el espacio densa nube.
Quiero, de mi familia rodeado,
Saborear del delicioso moka
A sorbos una taza bien caliente,
Mientras la lluvia en el cristal golpea,
Y en la herrada ventana inútilmente
Por penetrar el viento forcejea.

Allí, todos pendientes de mis labios,
Quiero contar la peregrina historia
De mis largos viajes,
Y cómo entre las tribus de salvajes,
Cuyo recuerdo es grato a mi memoria,
Sin recibir agravios,
Viví siempre contento,
Lo cual es vano intento
A veces entre cultos y entre sabios.

Quiero, por fin, cuando la frágil nave
De mi agitada, efímera existencia
En el puerto fatal su curso acabe,
Depositar mis restos
En tierra por los míos bendecida;
Donde, al llegar al borde de mi losa,
Tras de alguna oración corta y sentida,
Alguien pronuncie con amor mi nombre,
Y diga a los demás: "Aquí reposa",
Donde, en pos de una vida humilde, honrada,
Al dejar de este mundo los desvelos,
Descansaron mi padre y mis abuelos.

Colombia, Octubre de 1883.